

III

HISTORIA CRÍTICA DE LOS FALSOS CRONICONES (1).

Un plan bien concebido y como conviene á la naturaleza misma de los hechos, sucesivamente desarrollados sin violencia; las justas apreciaciones de que van acompañados, ni tan numerosas que fatiguen por prolijas, ni tan escasas que denoten falta de erudición y de ingenio; la narración, siempre suelta y desembarazada, nunca débil y medrosa, donde la frase castiza y pura allega la armonía á la precisión, el vigor del concepto á la claridad que le hace sin esfuerzo perceptible; he aquí, entre otras, las prendas esenciales que grandemente recomiendan la *Historia de los falsos cronicones*, hoy sometida al recto criterio de la Academia. Poco importa que algunas ligeras distracciones, con facilidad suma corregidas, vengan muy de tarde en tarde á mezclarse con tantos aciertos: ó desaparecen á su lado, ó sirven solo para ponerlos más de relieve. El autor, ignorado todavía para temer que la lisonja venga á ejercer una influencia bastarda en la crítica de su obra, y apreciado sólo por ella, ha correspondido en nuestro concepto cumplidamente á los deseos de la Academia.

Desde luego, después de cuanto se ha escrito de los falsos cronicones, ha debido comprender en su buen juicio que, para

(1) Memoria presentada al concurso de 1868, cuyo tema fué propuesto en estos términos: *Historia crítica de los falsos cronicones; sus autores; fuentes históricas de que se valieron; errores que autorizaron*. Fué premiada por la Academia en junta de 21 de Abril del dicho año. Su autor, el Sr. D. José Godoy Alcántara, nombrado Académico de número en 9 de Abril de 1869, murió en Archidona á 5 de Enero de 1875. Se imprimió con este título: *Historia crítica de los falsos cronicones, por D. José Godoy Alcántara. Obra premiada por voto unánime de la Real Academia de la Historia y publicada á sus expensas. Madrid: Imprenta y esteorotipia de M. Ricadeneyra, calle del Duque de Osuna, núm. 3. 1863* En 8.º, 313 páginas.

poner de manifiesto la superchería de sus autores y lo absurdo de sus groseros inventos, en pugna con la razón y con la historia, sería tarea harto difícil, si no de todo punto imposible robustecer con nuevas pruebas los argumentos contra ellos empleados. Los agotaron durante largos años de penosas y acaloradas controversias, primero Valcárcel, Pérez, el P. M. Casas, Espinosa, Pedro de Valencia, y los acreditados orientalistas Kircher y Marracci; poco después, con gran copia de doctrina, D. Nicolás Antonio, el marqués de Mondéjar, y Martí; últimamente y á la luz de documentos irrecusables, hasta entonces sepultados en el polvo de los archivos, Mayans, Florez, Risco, Masdeu y Villanueva, al esclarecer la historia eclesiástica y civil de España, despojándola de los falsos arreos con que la malicia ó la ignorancia creyeron engalanarla, cuando sólo conseguían amenguar su dignidad y su pureza. En el siglo XIX, tocábale sólo al historiador ofrecer á la consideración de los hombres imparciales y amigos de la verdad una exacta idea de los cronicones, de las fábulas que acreditaron, de los móviles que los produjeron, de la deplorable serie de intrigas y amaños y absurdas invenciones, engendro asqueroso, ó de un fanatismo arrojado y ciego, ó de una hipocresía farisáica, para satisfacer innobles pasiones y fomentar banderías ridículas, rivalidades de pueblos; aspiraciones pueriles, que la crítica, la verdadera piedad y los fueros ultrajados de la razón rechazaban de consuno.

Presentar en un cuadro bien ordenado esas miserables hazañerías, juzgarlas á la luz de la fe y de la filosofía, investigar sus causas y sus efectos, poner al descubierto á los falsificadores, arrancándoles la máscara que encubría su deformidad bajo las engañosas apariencias de un celo piadoso y del amor á la patria, eso ha hecho, eso cumplía el autor de la *Historia de los falsos cronicones*. Para conseguir su propósito, ni se perderá en difusas narraciones, ni amigo de impertinentes minuciosidades acudirá á detalles baldíos y estériles en provechosas enseñanzas: mas diestro y atinado, emplea los rasgos que caracterizan los hechos y las personas con una apreciación rápida, pero de efecto seguro. Generaliza, y de los hechos, á primera vista sin enlace, acierta á formar un todo en que aparecen las tendencias de la época, el

verdadero espíritu de los falsificadores, los fines que se proponen, los medios empleados para conseguirlos; y cómo, por último, la razón y la verdad triunfan de la superchería y la impostura.

Hubiera convenido que el autor, dotado de una vasta erudición y profundamente poseído de su objeto, en vez de dar principio á sus atinadas investigaciones con los supuestos hallazgos de la torre Turpiana, rastreara en tiempos más lejanos los orígenes de las fábulas que plagaron nuestros anales, escasas entonces las luces para distinguirlas de la verdad impunemente adulterada. Que desde bien temprano, por desgracia, el prurito de sorprender con la novedad, un patriotismo mal entendido y el candoroso asentimiento de la multitud habían alterado la sencillez nativa y la pureza primitiva de las escasas y venerables memorias de nuestros padres, cuya antigüedad alcanzaba por lo menos á los reinados de D. Alonso el Magno y sus inmediatos sucesores. ¿No pudieran fijarse ya los orígenes de estas profanaciones de la verdad histórica en el famoso cronicón del obispo de Oviedo don Pelayo, de ese atrevido ó candoroso interpolador de los sencillos y genuinos *cronicones* de Albelda y del obispo de Salamanca don Sebastián? ¿Ancha vía le abrieron, para alterarlos sin piedad y hacer valer las propias aprehensiones, la falta general de crítica, el aislamiento de los pueblos, la tradición mal segura y adulterada por las distancias y los años, la escasez de documentos justificativos y el entusiasmo de una nación guerrera, para quien parecían cosa llana hasta los imposibles. ¿Cómo, pues, faltarían imitadores al prelado de Oviedo? Ya en el siglo XIII un monarca tan ilustrado como D. Alonso X acoge sin desconfianza en su *Crónica general de España* las falsas aseveraciones de los innovadores propios y extraños que le precedieron. Así es que, poco después, vemos ya la historia convertida en un romance, merced á la exageración oriental, al ejemplo y la enseñanza de los árabes, y al espíritu caballeresco que de sus harenes penetró en las fortalezas señoriales de León y Castilla.

El autor de la *Historia de los falsos cronicones* ha creído, sin duda, de escaso interés subir tan arriba en la exposición de las supercherías de infieles narradores, cuando le ofrecían un campo más vasto los que con mayores pretensiones aparecieron en el

siglo xvi. Tal es su punto de partida: y á la verdad, que en este siglo aparece más intencionada, más general, más atrevida la innovación y la impostura. Redújose ésta entonces á sistema, y pudo sostenerse y fascinar los ánimos, merced á una piedad mal entendida, á bastardos intereses, á supercherías que el espíritu de la sociedad alimentaba, fascinada con el ejemplo de corporaciones y personas, á sus ojos respetables.

En la apreciación de todas estas circunstancias, así como en el examen de los móviles que sin duda determinaron la conducta de los forjadores del pergamino de la torre Turpiana y de los libros plúmbeos del Sacromonte de Granada, se muestra en extremo atinado y circunspecto el autor de la historia que examinamos. Hay filosofía, miras exactas, acertadas reflexiones en la investigación del verdadero propósito de Román de la Higuera y de sus secuaces al forjar estos monumentos peregrinos que, atendidas las ideas de la época y las cuestiones suscitadas entre diversas diócesis y cabildos eclesiásticos sobre la primacía á que aspiraban, no podían menos de ser bien admitidos, como otras tantas pruebas que resolvían las controversias con tanto empeño sostenidas largos años. Estos fraudes piadosos, acaso no se miraban entonces con el horror de una odiosa impostura: disculpábalos á los ojos de los ilusos el fin que sus autores se proponían en una causa, á su parecer sagrada, y para cuyo triunfo todos los medios les parecían legítimos. Por fortuna ó por desgracia de los que los empleaban, encontraron la impunidad y el crédito que les era necesario en la falta de crítica, en el retraso de los estudios históricos, en el temor y los riesgos de impugnar cuanto á los ojos de la multitud fascinada llevase en su concepto un sello sagrado.

Tanta fe se concedía á las patrañas de la torre Turpiana y del Sacromonte de Granada; con tal veneración eran acogidas á pesar de su urdimbre grosera y de la torpeza de sus propagadores, que ni siquiera se echaban de ver las doctrinas heréticas que contenían: tales como las que el autor de esta obra fundadamente señala, dando pruebas no sólo de un recto criterio, sino de una erudición no común en materias eclesiásticas y literarias, hoy al alcance de pocos, y cuya popularidad ha pasado ya de moda. Con hechos y observaciones de gran peso pone de mani-

fiesto que el forjador de los libros plúmbeos del Sacromonte se propuso sobre todo que las creencias antipáticas de los vencidos musulimes, y las santas y venerandas del pueblo cristiano, no fuesen causa para separarlos. Se quería una fusión imposible, una aproximación sacrilega; que entre las quimeras del Corán y las verdades inefables del Evangelio, entre la moral mundana y el sensualismo oriental del primero, y la pureza y el espiritualismo del segundo, desapareciese la distancia infinita que los separa. Por eso el autor, hasta ahora desconocido, de la producción literaria que examinamos, termina sus reflexiones relativas al pergamino de la torre Turpiana y de las láminas de plomo del Sacromonte con las siguientes palabras: «¿Cuántos y quiénes pudieron ser los autores de esta serie de escritos que, al recorrerla, más de una vez se duda si el móvil que los impulsaba era el de hacer insensiblemente una reforma religiosa, llevar consuelos al infortunio, abriéndole horizontes de esperanza en mejores días, calmar conciencias turbadas, como debían estarlo las de los forzosamente convertidos; ó si tendía á infiltrar en las venas del catolicismo español, confiado y entusiasta, un ponzoñoso germen, «estándole así á mansalva una puñalada vengadora como la del Tuzaní en el drama de Calderón?»

Acertado anda también el autor cuando, de la naturaleza misma de los libros plúmbeos, y de su estilo y de sus ideas, deduce que no son el producto de un mismo talento, y que probablemente fueron dos los forjadores de esas lucubraciones desarrolladas misteriosamente en el idioma arábigo. Conjetura, con razones no para tenidas en poco, que pudieron ser de Miguel de Luna las que suponen menos ilustración en materias religiosas y libros bíblicos; y sólo de Alonso del Castillo la más acabadas y eruditas, así notables por su estilo y el enlace y regularidad de las partes componentes, como por el conocimiento de las cosas de los árabes y de los cristianos. Suponen las primeras arrojó y travesura; pero no el saber necesario para disfrazar el error y hacerle pasar como moneda corriente: en las segundas no sólo se descubren las mismas cualidades, sino que van acompañadas de una instrucción poco vulgar en las lenguas sabias y las letras sagradas; empleándose más sagacidad y destreza para dar á la

fábula el colorido de la verdad, á lo menos á los ojos de las gentes poco ilustradas. Alonso del Castillo acierta á dar á su obra el atractivo y las formas de la leyenda; aquel misterio que es el cebo de la curiosidad, el tono profético que fascina, y el decisivo de la autoridad, segura de su previsión y sus asertos.

Condenados por el Sumo Pontífice estos forjados documentos, como contrarios al dogma y sana doctrina de la Iglesia, y sabor al mahometismo, de que, á juicio de los teólogos más eminentes, se hallaban impregnados, con razón advierte el autor que escribe la *Historia de los falsos cronicones*, el grave riesgo de que declaración tan explícita libertó á la Iglesia española. Y esto, cuando la propaganda reformista y sus empeñados secuaces nada perdonaban para soliviantar las conciencias, sembrar las dudas y la zozobra, esparcir sus erradas doctrinas y procurarse secuaces. «Si en el siglo anterior (nos dice la *Historia* que examinamos) hubiese triunfado la idea pagana de las iglesias nacionales, la española hubiera declarado auténticos aquellos escritos y dádoles lugar en el canon del Nuevo Testamento. Felicitémonos del resultado; como, cuando volvemos los ojos hacia un gran peligro que hemos atravesado, tanta más es nuestra alegría, cuanto mayores son las proporciones que en él descubrimos. Hemos visto cómo, lanzada la ficción en medio de aquella sociedad, muy preocupada de lo sobrenatural y maravilloso, y poco ó nada de las doctrinas, toma distinto rumbo del que se proponían sus autores; cómo se desarrolla entre dos arzobispos, naciendo en brazos del de Granada, para extinguirse en los del de Trani.»

Con el mismo propósito que los embaucadores de Granada, encuentra campo más vasto á la invención el P. Román de la Higuera en sus famosos cronicones, como ningunos otros nutridos de estupendas y peregrinas y revesadas patrañas. Que ni hay coto suficiente á contener su desbordada fantasía, ni su credulidad de sus compatriotas, de antemano preparada y nutrida de todo lo maravilloso y sobrenatural, le niega la aquiescencia, cuando la duda puede calificarse de impiedad, y el patriotismo crece con el orgullo de verse lisonjeado sin medida. Por experiencia propia y ajena hartó conocía cuánta era la influencia sobre las masas de una alta dignidad, de un monje que afectaba

severidad y recogimiento, de un ergotista repleto de su Aristóteles, y á maravilla locuaz y jactancioso. Creer sin pruebas, ó admitir como buenas é irrecusables las de estos pretendidos oráculos de la ciencia, eso se tocaba frecuentemente en los días aciagos de la decadencia de nuestro poder y cultura, flacas las letras y las armas, grandes los recuerdos de mejores días, y grande también el orgullo que habían alimentado.

Al forjar entonces el P. Román de la Higuera los hechos y los personajes que bien le plugo para dar á la historia nacional una nueva faz, y renombre á los pueblos, y timbres á las casas solariegas, y argumentos á los controversistas de cuestiones efímeras y baldías, íbale mucho en sustituir á su humilde nombre el de imponentes autoridades y altos personajes, escogidos á placer en las antigüedades eclesiásticas, ó fraguados á mansalva con un aparato de erudición y una sangre fría que hiciesen más respetable y admisible la impostura. Ni escrúpulos, ni temores: cuenta con el espíritu de su siglo, con la influencia de las órdenes religiosas, sus sostenedores; con la sencilla piedad de los pueblos, avezados á buscar la gloria primero en los campos de batalla que en las aulas, y antes en el principio de autoridad que en la controversia, apagadas ya las brillantes lumbreras del saber que á tanta altura levantaron entre nosotros las letras y las artes durante el siglo xvi.

He aquí las circunstancias favorables que aprovecha el P. Higuera para forjar, sin aprensión ni temores de ninguna especie, los falsos cronicones de Dextro, Marco y Luitprando, que ven sucesivamente la luz pública. Escudado con el nombre de estos supuestos escritores, refiere bajo la fe del primero las iglesias y obispados que Santiago fundó en España, la venida á ella de San Pablo, y luego de San Pedro; nos habla con la misma seguridad de los pastores y del martirio de los Reyes Magos; de Claudia, mujer de Pilatos, convertida al cristianismo; de los centuriones de Cafarnaun, el Calvario y Cesarea, como nacidos en España; de los tres soles observados en ella, nuncios seguros del nacimiento del Redentor; de la muerte de Herodías en el Segre; de la estancia de Lázaro y su familia en Marsella; de la primacía de la iglesia de Toledo; de todas las patrañas, finalmente, que el

autor de la *Historia* presentada á la Academia recuerda de pasada, acompañándolas de muy oportunas consideraciones, sin pecar ni de prolijo y enojoso, ni sustituir los propios pensamientos á los hechos que deben ocuparle como historiador. En prueba de este buen sentido y de sus atinadas apreciaciones, séanos permitido reproducir aquí el pasaje siguiente: «Nada hay tan difícil en la historia de una nación como aclarar el origen de sus creencias religiosas. Los progresos del cristianismo en España fueron lentos y secretos, pasó tiempo antes que la nueva doctrina adquiriese derecho á ser abiertamente predicada, y aconteció que en esa larga obscuridad se borró el recuerdo de los primeros años. Más tarde, cuando se fué á buscar los orígenes, cuando se quiso recordar los albores de la religión victoriosa y honrar sus primeros apóstoles, no fué siempre posible disipar las sombras en que ellos voluntariamente se habían envueltos. Esos misterios, esas incertidumbres abrieron campo á la imaginación de los fieles, que, en ausencia de hechos bien comprobados, se sintió más libre para inventar lo que le plugo, ó para dar por verdadero y averiguado lo que supuso debió suceder.»

Érale preciso al autor de esta *Historia crítica* seguir de cerca á Román de la Higuera, disfrazado con la máscara de su inventado Dextro, desenmarañar sus complicadas lucubraciones, y reducir á polvo la imponente balumba de personajes sagrados, levantada para ensalzar á España: y lo hace sin esfuerzo, con la llaneza y lisura de un diestro narrador, el buen tacto del crítico y la templanza de quien escribe la historia. No era otro su encargo; no podía serlo, demostraba ya la falsedad del supuesto Dextro, y alcanzando unos días tan distantes de aquellos en que se forjaron las fábulas absurdas que una exaltación peligrosa, una excesiva credulidad, ó un orgullo insensato admitían con la espontaneidad del más profundo convencimiento.

De la misma laya que el cronicón de Dextro es el de Máximo. Fácilmente se patentiza en la *Historia de los falsos cronicones*, que su avieso forjador ni aún conocía las circunstancias especiales de los autores á quienes confiaba sus propios dislates. Su supuesto Máximo, contemporáneo de los sucesos que desarrollan el arrianismo en España, nada substancial manifiesta para fijar su fisonomía

propia, para seguirle en sus triunfos y sus derrotas, para apreciar su funesta influencia, así en la sociedad que trabajaba con sus disturbios, como en la política del gobierno que la dirigía: es de hielo; nadie siente, nada le conmueve ante el espectáculo de que se supone observador. ¿Es así cómo lega á la posteridad el escritor contemporáneo el recuerdo de los grandes acontecimientos que ha presenciado? ¿Puede narrarlos con tanta sangre fría? Faltaba la verdad al impostor, y no era cosa fácil fingirla con inanimados relatos, con una impasibilidad que la desmiente. Pero manifestara en buen hora más calor ó interés, y todavía sus dislates le acusarían de falso. No es ciertamente el menos singular, como observa muy bien el historiador que nos ocupa, dar por cierto que la lengua castellana se hablaba ya en España á principios del siglo vi. Lindezas de este jaez sólo se refutan con la sonrisa de la compasión ó del sarcasmo.

El buen éxito de las primeras imposturas de Román de la Higuera, asegurado por la credulidad y la falta de buena crítica, y el encogimiento y temor de los pocos que pudieran entonces destruir las en su mismo origen, le alientan á llevar más lejos la audacia y la invención y la esperanza de mayores resultados. Realzar con una venerable antigüedad las principales iglesias de España, darles por fundadores esclarecidos varones, hacer oriundos de nuestro suelo á muchos santos y venerables personajes, dirimir así acaloradas disputas y rivalidades de pueblos, y suponer derechos y primacías que nunca existieron; he aquí el principal objeto, y la causa secreta de un nuevo Dextro y de un nuevo Máximo, ó sea la continuación y el aumento de los primeros, con más copia de absurdos, como ningunos otros hasta entonces, contrarios á la tradición y la historia. ¡Qué de miserias y ruines arterías y bajas intrigas para acreditarlos; para dar por bueno y legítimo, por venerable y santo lo improbable, lo quimérico, lo que una sana razón y el examen de los hechos condenan, no ya sólo como un error funesto, sino como un vilipendio de la causa misma á que un celo extraviado los consagra!

Sin embargo, el temor ó el egoísmo, sellan los labios de los que pudieran desenmascarar al impostor y poner de manifiesto la grosera urdimbre de sus fábulas. Callará Arias Montano, huyendo el

compromiso de combatir las: Mariana, otras veces desenfadado y franco, no encontrará contra ellas uno solo de aquellos rasgos felices con que sostiene los fueros de la verdad ultrajada: una evasiva ridícula, ó un subterfugio pueril permitirá á Bernardo Alderete, en obsequio de uno de los cronicones, asentir á la prodigiosa antigüedad de la lengua castellana, contrariando la que él mismo le ha dado con la autoridad bien merecida de un distinguido filólogo y curioso investigador de sus orígenes.

¿Cómo el historiador que es objeto en este momento de nuestro examen, conducido por la crítica y la filosofía, libre en los juicios y participando del espíritu de la época, no pondría de relieve esos engendros monstruosos, y esa pusilanimidad de los que pudieron destruirlos en su mismo origen? Con moderación, pero sin amenguar los fueros de la verdad, bástale para defenderla recordar los hechos, ordenarlos en su historia metódicamente, y deducir de ellos las consecuencias legítimas que se ofrecen sin esfuerzo á su dialéctica. No podía hacer otra cosa: demostrada ya la impostura en el siglo XVIII, tocábale sólo en el XIX ser el historiador de sus estupendas lucubraciones, del torpe amaño de los embaucadores, tan sobrados de arrojo, como menesterosos de doctrina. Siguiéndoles la pista, advierte con razón que los cronicones de Dextro y de Máximo se confeccionaron lenta y sucesivamente, conforme Román de la Higuera los necesitaba, «para acreditar su *Historia de Toledo*, ó para ocurrir á las exigencias de autores y polemistas que recurrían á él en consulta ó en demanda de datos.»

Contagiosos son siempre los malos ejemplos, si producen nombradía y provecho á sus autores, y encuentran favorable acogida en la multitud fascinada. Así fué como Higuera tuvo prosélitos é imitadores. Fórgase entonces el primer concilio de Braga, acogido por el P. Brito como auténtico; la supuesta crónica de Laymundo, según dice grandemente el historiador de los falsos cronicones, perteneciente á la familia del Beroso de Annio; la carta, no menos peregrina, de Hugo, obispo de Oporto, á un Mauricio, arzobispo de Braga; el famoso cronicón de Luitprando ó Entrando, á ninguno inferior en granadas y singulares patrañas para adulterar á la vez la historia eclesiástica y la civil de España: que en él encontramos

exóticas noticias de los antiguos monumentos cristianos de Toledo; detalles de las costumbres y del estado social de los visigodos; el retrato de Witiza, diseñado como pudiera hacerlo un contemporáneo de su intimidad; el de Rodrigo y su reinado, sin olvidar, por supuesto, á Florinda y al conde D. Julián y á D. Opas. Ingenio no escaso ha necesitado ciertamente el autor de que nos ocupamos, para formar de tan inconexas especies un cuadro bien ordenado, evitando que una serie tan dilatada de fraudes piadosos, mal adecuados para ser admitidos como otras tantas verdades, no amen- guase el interés de su narración; cuando la materia, de suyo estéril, ni es ya del gusto de nuestros días, ni bastan la erudición y el buen juicio para despojarla de lo que encierra de enojoso y desabrido. Por eso hay que acoger, más que con benevolencia, con recono- cimiento una obra que, atendido su objeto y los elementos que concurren á formarla, todavía consigue cautivar nuestra atención y dejarla satisfecha.

En esta *Historia de los falsos cronicones* con buen acuerdo pone su autor una diferencia entre los que por su naturaleza misma se dirigen á esclarecer los anales eclesiásticos de España, y aquellos otros que, con un carácter por decirlo así profano, tie- nen una relación más directa con nuestra historia civil y política. De estos últimos, sobre todo, habríamos querido que el autor, como puede y sin duda sabe hacerlo, nos diese conocimiento más cum- plido, ampliando los detalles, descubriendo los errores y abar- cando un campo más extenso, donde apareciesen las alteraciones con que una imaginación enferma, un patriotismo mal entendido, ó motivos menos nobles y disculpables convirtieron la historia en un romance. Materia darían á sus consideraciones tantas histo- rias de pueblos, santuarios y monasterios, tantos estupendos no- biliarios, tantos libros de caballerías, tantas biografías de emi- nentes varones como desde la segunda mitad del siglo xvi hasta los primeros años del xviii se escribieron á porfía, para acreditar acontecimientos nunca realizados, héroes imaginarios, mereci- mientos forjados por la vanidad.

Solicitos anduvieron por demás los impostores y sus secuaces de buena fe en dar á la nación española orígenes fabulosos, pobla- dores que no pisaron su suelo, reyes imaginarios, timbres y

preeminencias que no necesita para su gloria, lances de epopeya; concediendo á muchos pueblos heroicos fundadores y memorables empresas y timbres de alta valía: y todo esto sin verosimilitud, sin crítica, sin conocimiento de los documentos originales, cuyo contexto destruye por su base esa balumba de necedades y delirios. Veríase entonces que, si Sandoval, D. Sancho Dávila, el arzobispo de Braga, el doctor Bartolomé Llorente, Rodrigo Caro y otros autores del siglo xvii, reprodujeron y acreditaron de buena fe las falsedades de Dextro, Máximo y Luitprando para desfigurar con ellas nuestros anales eclesiásticos, cuando pretendían realzarlos, alteraciones no menos substanciales sufrieron también los civiles y políticos de la nación en las obras de Florián de Ocampo, Esteban de Garibay, Salazar, Jerónimo de Pisa, Henao, el P. Carballo, los arrojados corruptores de la *Historia de Avila*, el caballero Trelles en su *Asturias ilustrada*, Pellicer en su *España primitiva*, y tantos otros como siguieron su ejemplo, ó fascinados por el prestigio de la autoridad, ó conducidos por livianos intereses y miras poco disculpables. No podía desconocerlo el historiador de los falsos cronicones: pero tal vez en gracia de la brevedad se encerró en unos límites harto estrechos, al tomar en cuenta las alteraciones introducidas en los fastos nacionales por los que pretendían ilustrarlos. Ha de convenirse, sin embargo, que cuanto dice á este propósito lleva el sello del buen sentido, y es un comprobante más de su erudición y sana crítica. Observa oportunamente que, aún después de los esfuerzos empleados por Tamayo de Vargas, fray Francisco de Vivar, Rodrigo Caro y Salazar para corromper la historia nacional plagándola de fábulas, todavía lleva más lejos el empeño, superándolos en arrojado y osadía, el famoso Lupian Zapata, forjador de los cronicones de Hauberto, Walabonso Merio y del *Martirologio* de Gregorio Bético, para llenar como ningún otro de ilusiones y quimeras ridículas, así la historia de Castilla, como la de Cataluña.

No faltan á la verdad impugnadores atrevidos de Hauberto y de Walabonso, su supuesto continuador. Oportunamente los recuerda la *Historia* que examinamos, y los presenta primero movidos más por su interés particular que por el esclarecimiento de la verdad; antes por el triunfo de las órdenes religiosas y las dió-

cesis á que pertenecían, que guiados por la luz de la crítica. Cuentan en el número de sus impugnadores al doctor Juan de Aguas y á fray Hermenegildo de San Pablo. Pero ¿qué más hicieron que oponer fábulas á fábulas, sarcasmos á sarcasmos, textos infieles á textos infieles? No cederán en esta lucha innoble y pueril la palma á sus contrarios los defensores de los falsos cronicones: Roig forjará en su apoyo el del godo Liberato, monje de Valclara. Con la sonrisa en los labios es preciso recordar que este soñado historiador nos venda como una realidad, entre otros peregrinos dislates, que la madre de Ovidio era catalana; que Plinio escribió su *Historia natural* en España; que hijas de esta nación eran muchas de las once mil vírgenes; que Santiago dió principio su predicación en Cataluña. ¿Cómo su supuesto continuador Walabonso, producto del mismo ingenio, se mostraría menos original y más avaro de peregrinas consejas? Hay, pues, que agradecerle la *Historia de los siete infantes de Lara* con todo su sabor caballeresco y los lances de romance, y la leyenda de la aparición de San Millán en la batalla de San Esteban de Gormaz á semejanza de la de Santiago en la de Clavijo, como observa muy bien el historiador de los falsos cronicones.

Por fortuna, con el advenimiento al trono de Felipe V, menos poderosa la influencia monacal, no tan crédula la piedad de los fieles, introducido en las aulas otro gusto literario, alcanzan notable mejora los estudios públicos, y pierden prestigio el escolasticismo pendenciero, la argumentación alambicada y pomposa de las escuelas, y la faramalla y las sutilezas pueriles de los sermones gerundianos, mientras que la buena crítica, el espíritu de investigación y de examen, el reconocimiento de antiguos documentos extraídos del polvo de los archivos, empiezan á producir un cambio feliz en las tendencias literarias, ideas más exactas de los tiempos pasados, y mayor libertad para abandonarlas al público sin fundados temores y forzadas contemplaciones con los falsos devotos, y el peligro de provocar los amaños y los clamores y amenazas del fanatismo ó de la hipocresía, su inseparable compañera. A las sabias investigaciones del marqués de Mondéjar, á la *Censura de historias fabulosas* de D. Nicolás Antonio, á las falsas y verdaderas apreciaciones de Pellicer, tan amigo de combatir las

imposturas ajenas, como de sostener las propias y acreditarlas sin aprensión, suceden entonces los razonamientos de Martí, dean de Alicante, el *Norte Crítico* de Segura, el *Theatro crítico* y las *Cartas* de Feyjóo, las eruditas investigaciones de D. Gregorio Mayans, las censuras de fray Alonso Vázquez. Merced á la vigorosa crítica de estos escritores, á su profunda erudición, á las pruebas y documentos originales que aducen para dejar la verdad en el lugar que le corresponde, pierden gradualmente los falsos cronicos todo su prestigio aún entre las gentes indoctas. En vano pretende rehabilitarlos, darles la vida que han perdido, D. Francisco Javier Manuel de la Huerta. Al presentarse en un palenque ya casi abandonado, con escaso caudal propio, pero con sobra de arrojo, da á luz la *España primitiva* que Pellicer había zurcido, olvidada entre sus manuscritos, y concebida en el mismo espíritu y con los mismos fines que los demás cronicos de igual ralea, pero de más grosera urdimbre y como ninguna otra plagada de extrañas invenciones.

Era ya tarde para sostener una mala causa. El desengaño había sucedido á la obcecación, la crítica á la credulidad: se pedían pruebas, no vanos asertos; demostraciones, no textos de autoridades ya gastadas. Pero si algunas sombras pudieran todavía obscurecer la verdad, viene al fin á disiparlas el P. M. Florez con la publicación de su *España Sagrada*, donde los anales de la Iglesia en la Península aparecen con toda su pureza y dignidad, sin los torpes inventos que los desfiguraban. Preciso es admirar en esta obra, que el P. M. Risco continúa, no con menos acierto, la inmensa erudición que atesora, la exactitud del juicio para emplear útilmente la gran copia de documentos originales que, por vez primera publicados, ponen término á la odiosa granjería de la impostura.

¿Qué valdrá ya el empeño con que algunos ilusos, lastimosamente poseídos de un ciego fanatismo, intentan sostener su autoridad perdida? En vano pretende devolverles el prestigio que han perdido el buen oidor Serna en un descomunal alegato en favor de los plomos de Granada, recogido poco después de haber visto la luz pública: en vano, con mayor arrojo todavía, D. Juan Flores y D. Cristóbal Conde, inocentes instrumentos por ventura de una

criminal intriga, se convierten en defensores acérrimos de los nuevos descubrimientos de Granada, producto de pueriles bellas-querías, á que pone dichoso término la previsión del Gobierno con el castigo de sus autores. Ha pasado ya la época de tan lastimosas miserias, dejando solo el humillante recuerdo de haber alimentado largos años la credulidad pública.

No es esto decir que, cuando existían ya gran copia de documentos para desmentir al falsario y cubrirle de ridículo, fuese por eso constantemente respetada la verdad histórica; no: escritores hubo todavía, bien cercanos á nuestros días, que procuraron desnaturalizarla; aunque con la poca suerte que su arrojo merecía. Recordaremos, entre otros que pudieran citarse, á D. Faustino de Borbón en sus cartas dirigidas á Masdeu para ilustrar la España árabe, y en las cuales se acota con escritores árabes que nunca existieron, haciéndoles decir lo que los verdaderos y bien conocidos desmienten de una manera terminante. La *Historia de los falsos cronicones* no abarca este período tan cercano á los tiempos que alcanzamos; porque, mucho antes desacreditados ya los cronicones apócrifos, creyó sin duda el autor fuera de su objetos aquellos escritores, pocos en número, que todavía intentaron seguir las huellas de los del siglo XVII, animados de sus ruines deseos.

Después de haber analizado, por ventura con harto detenimiento, la *Historia de los falsos cronicones*, sometida al juicio de la Academia, y de presentar á buenas luces las prendas que altamente la recomiendan, vano escrúpulo parecerá, ó de nimiedad exagerada podrá calificarse, el llamar la atención hacia aquellas ligerísimas sombras que muy fácilmente el autor hará desaparecer de su bellissimo cuadro, donde las dejó sin duda un momento de distracción, ó su misma tenuidad. Las recordamos únicamente para acreditar que, en el examen de tan cumplido trabajo, la imparcialidad alejó todo linaje de miramientos y condescendencias, nunca bien avenidas con la severidad de una sana crítica. Empleándola de una manera rigurosa, sería de desear que, cuando se cita á San Juan de Dios, no se calificase la caridad de pasión, sino de virtud; que no se llamara la profecía, creída inspiración sobrenatural; que, para expresar la influencia de León X en la restauración de

la literatura griega y romana, no se dijese que había introducido á Júpiter en el casto lecho de la Iglesia; que, recordándose á la Madre Agreda, no se comparasen sus austeridades á las de un Buda; finalmente, que no se considerara como antinacional el rito gregoriano.

Con estas indicaciones ponemos término al bosquejo, trazado á grandes rasgos, del vasto cuadro que con mano maestra ha concluido felizmente el historiador de los falsos cronicones. Modesto sin afectación, erudito sin pedantería, tolerante sin amenguar los fueros de la verdad, al purgarla de los feos postizos con que el fanatismo ó un orgullo mal entendido la desfiguraron, si condena la impostura, compadece á sus autores. No ya para disculparlos, sino para apreciar sus asertos por lo que valen realmente, investiga la influencia que en ellos pudieron ejercer las tendencias y el espíritu de la sociedad á que pertenecían, y juzga de los hombres y de las cosas sin animadversión ni injustas prevenciones, siempre conducido por la luz de la historia y el amor á la verdad. Que el premio prometido sea su recompensa, y la Real Academia de la Historia habrá dado una nueva prueba de su imparcialidad é ilustrado criterio.

JOSÉ CAVEDA.

IV

MEMORIA DESCRIPTIVA Y PLANO DEL TROZO DE LA VÍA ROMANA DESDE ÚXAMA Á AUGUSTÓBRIGA (1).

Del trozo de la vía romana que desde Úxama viene á parar en Augustóbriga, y que forma parte del camino militar de Astúrica á

(1) DESCRIPCIÓN de la vía romana de Úxama á Augustóbriga por D. Eduardo Saavedra, Ingeniero jefe de segunda clase de caminos, canales y puertos, Profesor de la Escuela especial. 1861. Esta Descripción fué premiada por la Academia en 26 de Abril de 1861, y su autor nombrado Académico de número en 20 de Diciembre del dicho año. Está impresa la Descripción, 112 págs. Indices, cuatro hojas, 8 págs. sin número, con cinco láminas, en el tomo IX de las MEMORIAS de la Academia.